

TAXONOMÍA DE CALIENTES

José L. Moreno-Ruiz

Insistamos en ello: La semántica es taxonómica y la sintaxis es operatoria. Lo que opera: Transformaciones.

Al decir esto estamos preparando la introducción de supositorios de glicerina en el discurso; es decir, la introducción de la noción clave que va a regir todos los enriquecimientos ulteriores del modelo, la de un *hacer sintáctico*.

Pero hay más en el hacer que en la operación. El discurso supositoriado con glicerina desparrama los mondongos del pensamiento en catarata de neuronas descompuestas. No obstante, la noción de un sujeto productor de sentido anuncia ya la dinamización del modelo a establecer, que condiciona su narratividad. O, ítem más, su narrativización. Especial cuidado deben tener, llegados a este punto, los tartamudos. Su discurso bien puede semejar una flatulencia larga y diptongada, sobre todo si son poetas y vates recitadores. Al ser reformuladas en términos de operaciones, las tres relaciones de contradicción y de presuposición se presentarán como transformaciones por medio de las que un contenido está negado y otro queda en buena afirmación. Llamemos, pues, «disjunción», a la transformación por afirmaciones. Moverá mucho la cabeza el tartamudo, llegados a este extremo, y la moverá afirmativamente para poner el mayor énfasis posible en su discurso. Empero, evitad en lo posible colgarle del cuello un saquito con paja y algarrobas.

Aunque veamos orzar al tartamudo, en medio de su discurso poético, cual orzan los semovientes, no debemos olvidar que toda transformación discursiva es una operación orientada. He aquí la primera condición de la narratividad. Y ello no supone otra cosa sino la aparición del movimiento de los modelos taxonómicos.

Todo, en el fondo, descansa en un análisis sémico, o semiótico-lingüístico. Análisis que presenta, es cierto, rasgos de discursividad en el sentido en el que el discurso es una unidad más amplia que el enunciado en sí. Hay que presuponer, en definitiva, una constitución homológica de las estructuras infra y supra-frásicas, que no debe tematizarse después de la contemplación y de la escucha de un recital ofrecido por un poeta y vate tartamudo... Y eso aunque su mujer, su novia, su amante, o su prima que se arrima, asegure que, al igual que cuando canta, follando el tartamudo no se atranca.

Entonces el oleaje del mercurio termométrico se agita en los sobacos febriles de las lenguas gruesas y tartamudas y de los esfínteres anales. Por todo ello los termómetros son el arpón que envara las contemplaciones humanas, cuando los humanos se sobreexcitan calurosamente saltando sobre los parapetos de la temperatura en 36

grados. Y luego, al pescar casi submarinamente con ese arpón termométrico las décimas de más, todos los seres entornan los ojos —incluso los tartamudos— para convencerse de que, a pesar de la postura, nada tienen que ver con las tortugas. Ni con la saliva burbujeante de las calenturas.

Luego viene el enfriamiento, el descanso, la paz. Ese instante en el que la poesía se hace semema (quítese el *se* a la palabreja).

